

VIDA Y MISIÓN:

FIDELIDAD Y SATISFACCIÓN PERSONAL

Fr. Felicísimo Martínez, O.P.

1. FIDELIDAD EVANGÉLICA Y SATISFACCIÓN PERSONAL.

Nuestra profesión religiosa implica dos dimensiones: nuestra vida y nuestra misión. En la vida dominicana resulta imposible señalar los límites entre la vida y la misión, puesto que todo en la vida dominicana está en función de la misión evangelizadora.

Pero en nuestra vida y misión están en juego dos asuntos muy importantes: por una parte la fidelidad al evangelio y la eficacia apostólica; por otra parte, nuestro nivel de satisfacción personal. También aquí es difícil deslindar ambos asuntos. Van juntos o separados dependiendo de nuestra forma de entender la satisfacción personal y la calidad de vida personal. Una satisfacción personal que no contemple la solidaridad en el sufrimiento, no es compatible con la fidelidad evangélica.

Sobre esto voy a reflexionar. En lo referente a la fidelidad al evangelio en nuestra vida y misión, es ésta hoy una reflexión necesaria, no importa a qué generación pertenezcan. Esa fidelidad evangélica nos es exigida por nuestro bautismo y por nuestra profesión religiosa. Y sólo ella da sentido a nuestra vida. Es la medida exacta de la radicalidad y seriedad de nuestra vida cristiana.

Por ahí hay que buscar la identidad de la vida religiosa.

Pero hoy considero también necesaria esta reflexión porque está en juego el asunto de la satisfacción personal y la calidad de vida. Este asunto parece cada vez más decisivo en la convocatoria vocacional, en el testimonio de vida que buscan los nuevos candidatos. Sólo si ven felicidad y satisfacción en la vida religiosa, los candidatos se sienten atraídos a este género de vida. Pero este asunto de la calidad de vida y la satisfacción personal es sumamente ambiguo y ha sido gestionado de forma distinta por las distintas generaciones que se han sucedido en la vida religiosa y dominicana después del Concilio (Es el tramo de historia que yo conozco experiencialmente).

La generación liberal –según el estudio vocacional realizado en USA, los nacidos a partir de 1943- ha sido, por lo general, la generación de la encarnación, de la secularización, del compromiso, del trabajo, del activismo.

No se pone en duda su generosidad. Considerar la vida desde el punto de vista de la satisfacción personal parecía una traición al Evangelio. En esa generación no se permitía condescender con las satisfacciones personales, porque cualquier disfrute personal tenía un cierto sabor a vida aburguesada. Esta generación superó la interpretación de la vida religiosa en clave de renunciaciones, pero quizá no supo o se permitió hacer concesiones al ideal de la felicidad personal.

Por el contrario, la generación postmoderna –según el mismo informe de USA, los nacidos a partir de los años 80- considera la felicidad personal, la satisfacción personal, la calidad de vida un derecho tan primario e irrenunciable que, si falta, la vida religiosa pierde todo su sentido y hay motivo suficiente para abandonar la fidelidad evangélica. (Por aquí se debe buscar explicación a los vaivenes vocacionales de las nuevas generaciones, las continuas entradas y salidas, muchas crisis vocacionales...).

Por eso, considero fundamental hoy analizar nuestra vida y misión desde el punto de vista de la fidelidad evangélica y desde el punto de vista de la calidad de vida o la satisfacción personal. (Ambos ideales prevalecen en las búsquedas de los nuevos candidatos: piden vida evangélica radical y piden también felicidad en los habitantes de la vida religiosa).

2. IMPORTANCIA DE LA CALIDAD DE VIDA Y LA SATISFACCIÓN PERSONAL EN LA VIDA RELIGIOSA.

Este ideal de la calidad de vida parece demasiado secular. Es cultivado con esmero por la sociedad del bienestar y del consumo. Incluso es soñado con ilusión por las sociedades del malestar. Aquí la calidad de vida está asociada a una buena salud, buena alimentación, buena vivienda, buenas vacaciones, buenas dietas, buen gimnasio, buen tipo... Todas estas aspiraciones son legítimas; en principio, pueden ser compatibles con el Evangelio; no son pecado. Aquí la calidad de vida, la satisfacción personal, la felicidad está asociada al cultivo de los sentidos externos, de las sensaciones gratificantes, del placer y confort. Buenos sabores, buena música ambiental, aromáticos ambientadores, diseños agradables a la vista, superficies móbidas... El error de la sociedad del bienestar consiste en pensar que el cultivo de estas sensaciones gratificantes es garantía de la felicidad. La experiencia nos demuestra que este es un grave error: muchas personas en la sociedad del bienestar disponen de todas las condiciones para ser felices y la felicidad se les aleja cada vez más. Algunos de sus reportes denuncian el confort, el materialismo y el consumismo como una tentación presente en algunas comunidades dominicanas.

Este ideal de la calidad de vida ha ido conquistando espacio también en la vida religiosa. También en la vida religiosa es un ideal legítimo. No es

pecado. Tenemos derecho y obligación de buscar calidad de vida, para nosotros y para los demás. Dios quiere a sus hijas e hijos felices, felicísimos.

No es incompatible con la fidelidad evangélica. Sólo una vida religiosa alegre y feliz acredita la vocación y tiene capacidad de convocatoria vocacional.

Pero en la vida religiosa la calidad de vida tiene dos dimensiones distintas y complementarias.

En primer lugar, hace referencia a la calidad evangélica de la vida de las religiosas y los religiosos. Una vida con calidad significa en este caso una vida que se atiene a las exigencias fundamentales de nuestro bautismo cristiano y de nuestra profesión religiosa: vida de fe, esperanza y caridad; vida de pobreza, castidad y obediencia evangélicas; vida de fraternidad y sororidad y de servicio generoso a esta humanidad. Aquí están las claves para buscar la identidad de la vida religiosa, el fondo teológico de la misma, la razón de ser, la fuente de sentido. Creo que esto es lo que piden sus reportes cuando hablan de los siguientes desafíos: buscar la identidad de la vida religiosa, basar la vida sobre los cuatro pilares de la vida dominicana, recuperar el ideal de la santidad y la dimensión teológica de la vida, ofrecer a los candidatos el testimonio de una vida evangélica.

Pero el ideal de la calidad de vida va adquiriendo en la vida religiosa otro sentido también importante. Está relacionado con el nivel o el grado de satisfacción personal de las religiosas y los religiosos. Una vida con calidad es una vida capaz de proporcionar satisfacción personal, una vida en la cual las satisfacciones personales más hondas están asociadas con la propia vocación, con la convivencia fraterna y sororal, con la misión apostólica... Esta satisfacción personal es compatible con el sufrimiento y las renunciaciones. Pero se expresa en forma de entusiasmo, optimismo, alegría, celo apostólico... Por el contrario, la falta de calidad de vida y de satisfacción personal se manifiesta en falta de entusiasmo, falta de optimismo, tristeza profunda, amargura, monotonía, atonía existencial, lo que el monaquismo llamaba "acedia monástica".

Por consiguiente, no es poco lo que está en juego cuando hablamos de calidad de vida en la vida religiosa y dominicana, cuando intentamos despejar la ambigüedad de este ideal de la calidad de vida. No es opcional buscar niveles siempre más altos de satisfacción personal. No está prohibido ser felices en la vida religiosa. La felicidad es un derecho y una obligación personal.

En la vida religiosa y dominicana nos jugamos la calidad de vida evangélica y la satisfacción personal en tres niveles básicos: a nivel personal

depende fundamentalmente de la experiencia de la fe, fuente de sentido y motivación en este género de vida; a nivel comunitario depende fundamentalmente de la calidad de la convivencia; a nivel apostólico depende de la dedicación generosa a la misión y de la capacidad para disfrutar la misión.

3. LA CALIDAD DE VIDA, LA FE Y EL MUNDO DE SENTIDO.

Hace algunos años murió Viktor Frankl, un psiquiatra judío y vienés, superviviente de los campos de concentración y exterminio nazis. Este psicoanalista escribió un librito contando sus dramáticas experiencia –y las de sus compañeros y compañeras- en los campos de concentración. Lo tituló El hombre en busca de sentido. En los primeros meses del año 2000 casi todas las mañanas encontraba en el metro de Madrid alguna persona leyendo este libro. Yo lo leí con mucho gusto y con mucho provecho.

La tesis de fondo del libro se puede formular así: “El problema fundamental del ser humano no es la falta de placer, sino la falta de sentido.

Sin placer se puede vivir; sin sentido sólo cabe el suicidio”. Aunque suene fuerte, no se puede decir más y mejor en menos palabras. Y la reflexión puede ser aplicada hoy a la vida religiosa (por supuesto, sin invitar a nadie al suicidio, pero sí a la búsqueda de sentido). Por ejemplo, aplicada esa tesis a los votos en la vida religiosa, da que pensar: ¿Cuál es el problema de los votos para muchos religiosos y religiosas: la falta de placer o la falta de sentido? ¿Qué sentido tienen los votos si no les encontramos sentido? ¿Por qué renunciar si no hemos encontrado el Reino, si no ha habido una experiencia real de encuentro con el Resucitado?

Cuenta el prologuista del libro en cuestión, Gordon Allport, que algunas veces Viktor Frankl recibía a sus pacientes en el consultorio con la siguiente pregunta: “Usted, ¿por qué no se suicida?”. La pregunta suena fuerte y brutal, pero tenía su sentido. Una vez que se reponían del susto, los pacientes daban respuestas como las siguientes: no me suicido porque mis hijos son aún pequeños, porque la empresa aún no está suficientemente consolidada, porque me imagino el sufrimiento de mi esposa... etc. Entonces el psiquiatra comenzaba su trabajo de “logoterapia”, de búsqueda de sentido: “Usted aún tiene alguna razón para seguir viviendo, su vida aún tiene sentido”. El asunto del sentido era tan trascendental, según este autor, que entre los que tuvieron oportunidad de sobrevivir en los campos de concentración, sólo sobrevivieron quienes encontraron sentido al sufrimiento. El sentido fue más importante que el placer para sobrevivir.

Supongo que esto suena demasiado exagerado en la vida religiosa, y que la mayoría de las dominicas y dominicos no andamos por esos extremos

del sinsentido, la desesperación y el suicidio. Pero hay dos hechos que preocupan cada vez más en la vida religiosa.

A veces se escucha en las comunidades la siguiente expresión: “esto no tiene sentido”. A veces la he escuchado en el confesionario. Con todas las deficiencias del sacramento de la reconciliación, es un momento en el que se suelen expresar las expresiones más hondas de la propia vida. Esa expresión es una señal de alarma. Pone al descubierto el problema de identidad en la vida religiosa y dominicana, al que varios reportes hacen referencia.

En segundo lugar, se percibe a veces una cierta tristeza ambiental en las comunidades religiosas, que no obedece a crisis coyunturales o pasajeras, sino a un cierto desencanto personal e institucional, a una falta de sentido.

Ambos hechos ponen de manifiesto que el nivel de calidad de vida o de satisfacción personal es bajo en algunos miembros de la vida religiosa. No estoy hablando a nivel moral, de mala gente, de personas infieles, de religiosos disolutos... Hablo simplemente de la posibilidad de que la falta de sentido constituya la crisis más honda, la raíz más profunda de una tristeza incrustada en el alma.

En otros géneros de vida las fuentes de sentido pueden ser otras: la vida en pareja, los hijos, el éxito profesional, la prosperidad económica... En

este género de vida la única fuente de sentido segura es la fe, la experiencia de fe. Sin ella no tendrán sentido ni la pobreza, ni la castidad, ni la obediencia, ni la vida comunitaria, ni la misión. Por eso, el gran desafío actual en la vida religiosa y dominicana es el desafío de la fe. Lo decía ya en los años 70 el P. Tillard: El problema fundamental de la vida religiosa no es el problema de la pobreza, ni el de la castidad ni el de la obediencia; es el problema de la fe, porque en él nos jugamos el sentido o sinsentido de nuestra vida.

Una cierta atmósfera de secularización se apoderó de la vida religiosa en el período postconciliar y ha debilitado la fe en muchos religiosos y religiosas, agotando así la fuente del sentido. No se debe confundir la fe con la piedad o con el sentimiento religioso o con la perfección moral. No se trata simplemente de ser más piadosos, o más fervorosos, o más perfectos. Se trata de ser más creyentes, y de encontrar en la fe la fuente de sentido, que “mana y corre, aunque es de noche”, como decía San Juan de la Cruz. Se trata de encontrar en la fe el fundamento de nuestra vida y misión. Aquí adquiere todo su significado la imagen evangélica de la casa construida sobre roca, o el diálogo de Jesús con la Samaritana, o la escena de los discípulos de Emaús, o la fe quienes descuelgan al paralítico por el techo.

La escena de los discípulos de Emaús es especialmente significativa para clarificar la frontera entre el sentido y el sinsentido en el seguimiento de Jesús. Con frecuencia se ha asociado esta escena con el tema de la catequesis, de la hospitalidad, de la eucaristía... Y con frecuencia ha desembocado en momentos de fuerte emotividad religiosa, hasta llevarnos a un cierto romanticismo. Pero cada vez más se asocia con la meditación sobre las claves del éxito o el fracaso en el seguimiento de Jesús. Esto, por supuesto, interesa a la vida religiosa.

En el texto de Lc 24 se reflejan bien dos momentos del relato. En la primera parte del relato aparecen unos discípulos que caminan lentamente, tristes, desencantados, que han perdido la esperanza, abandonan el seguimiento, la comunidad del seguimiento y se regresan a sus negocios... "Esperábamos que sería el liberador de Israel... Pero a él no le han visto..."

Este es el final de una empresa del seguimiento que ha estado inspirada por la buena voluntad, la generosidad, la seducción que en ellos ha producido la persona de Jesús. Estas motivaciones no son capaces de enfrentar la prueba final, la crisis de la Cruz, el fracaso humano de Jesús... Por eso tiene lugar el abandono y la dispersión. Así termina el seguimiento pre-pascual o el seguimiento del Jesús histórico. Es un seguimiento con motivaciones demasiado frágiles: buscan los primeros puestos, no entienden, tienen poca fe, están llenos de miedos... El resultado final son el abandono, la negación, la dispersión... No superan la crisis. Este modelo de seguimiento prepascual está bien descrito en los evangelios.

En la segunda parte aparecen los discípulos corriendo hacia Jerusalén, alegres y entusiasmados, recuperando la esperanza, regresando a la comunidad, emprendiendo de nuevo el seguimiento... Esto tiene lugar después de encontrarse con el Resucitado (la escucha de la Palabra y la fracción del Pan). Esta es la fe que les afianza ahora en el seguimiento y que les permitirá enfrentar no sólo el escándalo de la muerte de Jesús, sino también el escándalo de la propia muerte. Es el seguimiento pos-pascual, bien definido en el libro de los Hechos. Los discípulos tienen las mismas debilidades humanas, e incluso morales, pero ahora su seguimiento se afianza en una fe inquebrantable, capaz de llenar su vida de sentido y de superar todas las pruebas con alegría, incluso el propio martirio.

La buena voluntad y la generosidad son importantes como punto de partida del seguimiento en la vida religiosa. Pero no son suficientes para garantizar la firmeza y la fidelidad en el seguimiento. Con frecuencia son motivaciones que no consiguen superar el momento de la crisis. Cuando ésta se presenta, nos dejan sumidos en el sinsentido y en el sinsabor, y quizá den lugar al abandono o, lo que es peor, a permanecer en la vida religiosa sin encontrarle sentido y sabor. Lo único que garantiza la firmeza y la fidelidad en

el seguimiento es la fe radical. Sólo la fe es fuente de sentido y de sabor en la vida religiosa. Es condición indispensable para garantizar la calidad de vida en la vida religiosa.

Muchos de sus reportes reclaman la búsqueda de sentido, de santidad, de identidad... La vida religiosa tendrá que “fijar los ojos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe” (Hb 12, 2). La fe es un don, lo sé. Pero se pueden hacer algunos ejercicios para cultivarla, para sostenerla, para fomentarla. Hoy se señalan algunos ejercicios urgentes para fortalecer la fe como fuente de sentido y de motivación en nuestra vida y misión.

En primer lugar, es preciso ejercitarse en el silencio, exterior e interior.

Vivimos en un mundo exageradamente ruidoso. Hay demasiados ruidos en las calles y en el ambiente. También hay a veces demasiados ruidos en nuestras comunidades. Es preciso reconstruir un ambiente de silencio y de concentración para cultivar la contemplación dominicana. Pero sobre todo es preciso cultivar el silencio interior. Hay demasiadas interferencias en nuestras mentes y en nuestros afectos. Es importante estar informados de lo que sucede en el mundo y, sobre todo, de los problemas que acosan a esta humanidad. Pero no todas las noticias son importantes ni es necesario escucharlas varias veces cada día. No es bueno convertirse en adictos a las noticias y a toda clase de noticias. Si quedamos atrapados por toda clase de novedades en política, en deporte, en vida social, en chismes eclesiales, en nuevos software... podemos desembocar en una superficialidad y banalidad permanente. Es preciso ejercitarse en el silencio para ir a fondo de las cosas, para distinguir lo esencial de lo accidental, lo necesario de lo inútil, lo absoluto de lo relativo... Esta es la sabiduría propia de la persona contemplativa. Aquí adquiere todo su significado una buena meditación sobre la escena evangélica de Marta y María.

En segundo lugar, es necesario ejercitarse en la soledad “habitada”, para cultivar la fe como fuente de sentido. Es necesario aprender a convivir consigo mismo, para disfrutar el propio ser, la propia identidad, la propia vocación y misión. Algo funciona mal en la vida religiosa si necesitamos compulsivamente huir de nosotros mismos, estar siempre huyendo como Caín.

Se puede huir de uno mismo vagando por las calles, sin destino fijo, o por las grandes superficies, sin propósito concreto, o navegando por internet sin buscar nada sólo por el gusto de navegar o de matar el tiempo, o buscando cualquier salida de emergencia que nos ahorre el desafío de enfrentarnos a nosotros mismos desnudos y sin máscaras. Quien no es capaz de convivir consigo mismo no es capaz de convivir con los demás. El cultivo de la soledad habitada es parte de la contemplación dominicana.

En tercer lugar, es necesario ejercitarse en la dimensión orante y contemplativa de la vida. Este es rasgo esencial de la vida religiosa y de la vida dominicana. Afirmar la necesidad de la dimensión orante y contemplativa de la vida parece una afirmación demasiado obvia, que no sería necesario repetir.

Pero no está fuera de lugar. La experiencia demuestra que no basta la oración la oración comunitaria para alimentar la fe personal. Se requiere cultivar y ejercitarse a nivel personal en esa dimensión orante y contemplativa de la vida.

La secularización ha sido, en muchos aspectos, beneficiosa y terapéutica. Es compatible con casi todo, excepto con el abandono de la oración y de la celebración de la fe. Esta es una de las conclusiones que se nos ha impuesto con claridad a la generación liberal del post-concilio, quizá después de haber cometido algunos errores en este sentido. Si se agota la fe como fuente de sentido, es muy probable que nos quedemos a oscuras, sumergidos en el sinsentido, con una fe muerta o rutinaria, y, a la postre, un malestar sordo o una tristeza enquistada en el alma, sin que sepamos exactamente de dónde viene.

Buscar calidad de vida y satisfacción personal en la vida religiosa implica centrar nuestra vida en la experiencia teologal, y cultivar esta experiencia teologal desde el corazón de la realidad, desde el centro de la vida cotidiana, y no sólo desde el sentimiento religioso. Aprender a ser contemplativos en la acción y desde la misión: este es un rasgo esencial de la contemplación dominicana. Mantenerse confiado o confiada en medio de la cotidianidad, de la vida “ordinaria”, de las tareas anónimas, cuando escasean los signos y las consolaciones en la vida religiosa. Para tener calidad de vida hay que aferrarse a la fe y vivirla como un ejercicio de confianza en medio de la noche, en medio de tantas crisis y mudanzas externas e internas. La fe es la fuente de sentido que mana y corre aunque es de noche. La calidad de vida postula hoy una ejercitación especial en la relación con Dios: no se trata de ser más piadosos, sino de ser más creyentes. Si el fervor sucede, bienvenido sea; pero en tiempos de invierno es un riesgo querer fundamentar el seguimiento de Jesús en el fervor y el sentimiento.

La oración y la contemplación: hemos tocado aquí dos pilares fundamentales de la vida religiosa y dominicana.

4. La comunidad y la calidad de la convivencia.

Tocamos aquí otro pilar fundamental de la vida religiosa y dominicana: la vida comunitaria. En muchos de sus reportes se hace referencia a la necesidad de refundar la comunidad, a la necesidad de dar prioridad a la vida comunitaria.

A nivel comunitario, la fidelidad evangélica y la calidad de vida o el grado de satisfacción personal dependen de la calidad de la convivencia. La mayor parte de los malestares e insatisfacciones entre los miembros de la vida religiosa tienen que ver con problemas de convivencia. Y, al mismo tiempo, las mayores satisfacciones entre los miembros de la vida religiosa tienen que ver con una convivencia humanamente sana y evangélicamente fraterna y sororal.

Según es la salud de las comunidades, la calidad de la convivencia, así es el nivel de satisfacción personal de sus miembros.

En sus reportes se denuncia con frecuencia el individualismo y el aislamiento como una de las grandes tentaciones en las comunidades religiosas hoy. Es cierto que el individualismo no es necesariamente un pecado, sino un rasgo cultural, una marca de nuestro tiempo. Recurrimos a él como salida de emergencia para los problemas de convivencia y compensarnos o consolarnos de las debilidades comunitarias. Pero los resultados del individualismo no son positivos en lo que se refiere a la calidad de vida y la satisfacción personal. El individualismo suele ser muy gratificante en sus comienzos, y muy amargo en sus finales, puesto que suele desembocar en una vacía y amarga soledad. (Cada vez más miembros de la vida religiosa y dominicana dicen “sentirse muy solos”).

No hay en ello ningún misterio. Esto sólo refleja un postulado elemental de la antropología: el éxito fundamental de la vida de las personas consiste en el éxito en el amor y en la comunicación personal. La comunicación personal consiste en el reconocimiento mutuo de la dignidad de las personas, en tomar en cuenta y ser tomado en cuenta, en la prestación mutua de apoyos solidarios, en el intercambio de experiencias... En otros ambientes hay otras reglas para medir el éxito o el fracaso en la vida humana, pero en los grupos primarios se considera que no hay fracaso mayor en la vida de una persona que llegar a la sensación de no amar a nadie ni ser amado por nadie. Es la sensación de la soledad absoluta, ese estadio en el que se cierran todas las fuentes de sentido y todas las fuentes de auténtica satisfacción personal.

En este campo vivimos un momento paradójico: nunca la humanidad había disfrutado de tantos medios de comunicación y quizá nunca había cosechado tanta soledad; nunca tan interconectados y nunca tan incomunicados; nunca tan rodeados de contactos y nunca tan solos. ¿Será esto también verdad en la vida religiosa? ¿Qué papel desempeña hoy el ordenador en la vida religiosa, en la vida de las comunidades, en las religiosas y religiosos? Se afirma hoy con frecuencia que la enfermedad más extendida en nuestra sociedad del bienestar es la soledad, la soledad deshabitada, la soledad como vacío de sí mismo, vacío de Dios y vacío de todo. Y esta soledad es hermana muy próxima de la desesperanza y la depresión. ¿Está ya

llamando esta soledad a la puerta de nuestras comunidades o está ya instalada en ellas?

En el período postconciliar se han hecho notable esfuerzos para reconstruir el tejido comunitario. Se ha recurrido con frecuencia a las ciencias humanas, a la psicología, la pedagogía, la gestión de recursos humanos, los mediadores de conflictos... Es indudable que los aportes han sido muy positivos y beneficiosos. Pero ha quedado bastante claro que las ciencias humanas no son suficientes para sustentar el tejido comunitario en las comunidades religiosas. Es necesario poner bases teologales a nuestra vida comunitaria, a nuestro vivir en común.

En la etapa postconciliar nos fuimos liberando de las rígidas estructuras comunitarias, de la rígida disciplina regular, propia de aquel modelo de las comunidades clásicas. Pero quizá no hemos sabido o no hemos podido sustituir la rígida disciplina comunitaria por una evangélica mística comunitaria.

Y así nos hemos encontrado con un cierto debilitamiento de la vida comunitaria y a veces con un deterioro de la convivencia.

Para reconstruir el tejido comunitario en la vida religiosa y dominicana y para garantizar la calidad de la convivencia, es necesario recuperar algunos fundamentos teologales de nuestra vida en común, y poner algunos ejercicios comunitarios. Se señalan hoy, entre otros, los siguientes:

En primer lugar, hacer conciencia de la común vocación. Todas las hermanas y hermanos han sido llamados por el Señor. Por consiguiente, están en la comunidad con todo el derecho a compartir esta vida. A pesar de las deficiencias y de las diferencias de todo tipo (caracteriales, culturales, ideológicas, políticas...) tienen el mismo derecho que yo a vivir en la comunidad. Merecen toda la acogida, el respeto y la consideración. "Debemos aceptar a las hermanas, no porque son perfectas, sino porque son hermanas y porque las necesitamos".

En segundo lugar, es necesario hacer conciencia de nuestra común fe en Cristo Jesús. Para vivir juntos en la comunidad religiosa con una convivencia saludable no necesitamos tener la misma teología, sino ser capaces de profesar juntos la fe con el Credo. Pero sería necesario también compartir las experiencias de fe. Para ello no es necesario estar todo el día hablando de Dios, de cosas piadosas o pronunciando jaculatorias. Pero sí es necesario que seamos capaces de hablar, desde la perspectiva de la fe, sobre problemas tan serios como el sufrimiento, la injusticia, los pobres, la guerra, los excluidos, el terrorismo, toda clase de escándalos... ¿Qué temas ocupan hoy las conversaciones en la vida religiosa? (Un superior mayor señalaba en

Madrid hace un par de años los siguientes temas: la política, el deporte, los problemas con el ordenador y sus programas...).

En tercer lugar, la común celebración de la fe. Grupo humano que no celebra, se muere. Por eso tan importantes en las familias unas fechas señaladas, unas reuniones periódicas, unas determinadas celebraciones, unos símbolos de cohesión social. Lo mismo sucede en las comunidades religiosas. Si falta la común celebración de la fe, pronto la comunidad religiosa se convierte en una residencia de célibes, nada más. El olvido o el abandono de la liturgia comunitaria traen consigo necesariamente el debilitamiento de la comunidad. Una de las motivaciones de muchos candidatos que hoy se acercan a la vida religiosa es precisamente la búsqueda de un ambiente de fe, de oración, de celebración... propicio para cultivar la experiencia religiosa.

En cuarto lugar, la búsqueda común de la verdad. En sus reportes han señalado el estudio como uno de los pilares de la vida dominicana. La búsqueda de la verdad es parte de la dimensión contemplativa de nuestra vida.

Es un aspecto importante de la comunidad y de la convivencia. No debía faltar en ninguna comunidad dominicana. La verdad es ante todo un asunto evangélico, no un asunto académico: vivir y hacer la verdad. Sin estos ideales no puede haber calidad de vida ni de convivencia. La calidad de vida es compatible con el error, con la ignorancia... pero no es compatible con la mentira, que es un ocultamiento intencionado de la verdad. La mentira es la carcoma de la convivencia. El estudio comunitario, la reflexión comunitaria, la búsqueda comunitaria de la verdad... son esenciales para cultivar la calidad de vida de las comunidades dominicanas. ¿Tenemos miedo a la verdad? En muchos de sus reportes se pide un mayor empeño en la formación inicial y en la formación permanente de las hermanas.

En quinto lugar, la práctica de la corrección fraterna y la práctica comunitaria de la reconciliación. Es esta una de las asignaturas pendientes hoy en la vida religiosa. Se trata de una teología para la convivencia en la comunidad cristiana y religiosa. La ausencia de esta práctica de la reconciliación a nivel comunitario ha contribuido al deterioro de la convivencia: los problemas de convivencia no tienen tratamiento público y dan lugar a un ambiente comunitario tenso, irrespirable... en el que es imposible una vida sana y una convivencia gratificante. Hay que recuperar la palabra pública para sanear los ambientes y eliminar la crítica y el chismorreo. La falta de la reconciliación hace que se vayan acumulando irreconciliaciones. Los seres humanos necesitamos constantemente el perdón y la reconciliación, para no ser aplastados por el sentimiento de culpa. La ausencia de la reconciliación periódica hace que los problemas se enquisten y las conciencias se cautericen. En la práctica comunitaria de la reconciliación, es la comunidad la que nos ayuda a discernir nuestra propia vida y nos proporciona el ambiente propicio

para pedir perdón, para recibirlo y para otorgarlo. Que cada comunidad tenga el coraje y la imaginación suficientes para reinstaurar esta práctica.

Por lo demás, es necesario cuidar esmeradamente la convivencia, pues es el elemento que más incide en la calidad de vida de los hermanos y hermanas. Hoy la calidad de convivencia tiene un nivel bajo en algunas comunidades. No se trata de grandes conflictos, pero sí de un ambiente de incomunicación, de individualismo creciente, de indiferencia progresiva hacia los asuntos comunitarios, de debilitamiento de la fraternidad y sororidad.

Pero la agresión a la comunidad es una agresión a nosotros mismos. Por eso, aunque no estuviera mandado, el amor nos sería lo más necesario. Las ciencias humanas nos ayudan a mejorar la convivencia, pero los últimos pilares de la convivencia en la vida religiosa son pilares teologales: la fe común y la reconciliación permanente. No podemos considerar convivencia evangélica aquella que se limita a la coexistencia pacífica o a los pactos de no agresión, estrategias demasiado frecuentes en el momento actual de las comunidades religiosas.

Para cuidar esmeradamente la convivencia en la comunidad dominicana, es preciso tomar en consideración algunos aspectos humanos, profundamente humanos, que contribuyen no poco a elevar la calidad de la convivencia: la buena educación, la comunicación personal, los hábitos democráticos, la capacidad para hablar y dialogar los problemas con palabra pública, la fiesta y la celebración, la comunicación de bienes y la colaboración de todos en los servicios comunitarios... Y hoy de forma muy especial la atención a enfermos, ancianos y personas en dificultad, que cada día son más en la mayoría de las Congregaciones religiosas.

Por lo demás, que la Asamblea discierna sobre el modelo de comunidad dominicana que exigen los nuevos tiempos y la nueva misión. En las respuestas al cuestionario hay abundante material sobre el tema: se piden comunidades más pequeñas y más flexibles, liderazgos más horizontales y compartidos, más colegialidad, comunidades más pobres y sencillas, mayor movilidad de las personas, mayor colaboración con laicos y voluntariados dominicanos...

5. La misión y la calidad de vida.

Tocamos aquí el cuarto pilar de la vida dominicana: la misión. No se concibe la vida dominicana sin misión. Santo Domingo organizó todo el proyecto fundacional en torno a la misión evangelizadora. Todos los elementos de la vida dominicana están en función de la evangelización: la oración y la liturgia, la contemplación y el estudio, la formación, la comunidad... Por eso en

la misión nos jugamos la fidelidad evangélica a nuestro bautismo y a nuestra profesión en la familia dominicana.

Cuando hablamos de la misión, casi siempre la entendemos como una obligación o nos preocupa especialmente el éxito o la eficacia en la misión.

Son preocupaciones legítimas, pero no son las únicas. Hoy en la vida religiosa y en la vida dominicana se está haciendo un esfuerzo por ver la misión también desde otra perspectiva: desde la perspectiva de la satisfacción personal. ¿Por qué no la vemos también como un factor imprescindible para una calidad de vida a nivel personal? ¿Por qué no la vemos también como algo a disfrutar y como una fuente de satisfacción personal?

Una vida con misión tiene sentido, está llena de sentido. Una vida con misión cumplida es una satisfacción enorme. A medida que la vida va pasando y volvemos la vida atrás comprobamos cómo duelen los tiempos vacíos de misión y qué satisfacción tan grande proporcional los tiempos de la vida dedicados generosamente a la misión, al servicio a esta humanidad. Una de mis experiencias pastorales más fuertes ha sido precisamente la atención a enfermos terminales, también en las enfermerías de comunidades religiosas.

Al final de la vida, cuando la muerte está delante y no hay lugar para el engaño y la mentira, he escuchado a hermanos y hermanas decir en medio de una envidiable serenidad: “Padre, misión cumplida, estoy preparado/da, cuando Dios quiera”. Debe ser extraordinario terminar nuestros días así, con esa sensación de la misión cumplida. Pero una vida sin misión es una vida sin sentido, es una vida vacía y fracasada. Una vida sin misión cumplida o con misión errada es motivo de mucha frustración y angustia, sobre todo al final, cuando llega la hora de la verdad. En ese momento también he escuchado a algunas personas decir cosas como éstas: “Padre, me he equivocado en la vida, la he malogrado, he perdido el tiempo. Que el Señor me perdone”. Por supuesto que Dios nos perdona, pero, ¿quién nos podrá dejar de ese vacío que la falta de misión ha dejado en nosotros? Cuando los años van pasando y uno mira hacia atrás, los días, los meses, los años vacíos duelen y duelen sin remedio, o duelen sin más remedio que el perdón.

La misión en la vida dominicana tiene algunas características especiales, que vale la pena considerar.

En primer lugar, la misión puede estar motivada por la necesidad de ganarse el sustento cotidiano y cubrir las necesidades materiales propias y ajenas. Esto no es pecado, aunque tampoco es la motivación más evangélica.

Sin embargo, ojalá en la vida religiosa todos fuéramos conscientes de la obligación que tiene todo ser humano en edad y condiciones laborales de

ganar el pan de cada día con el trabajo cotidiano. Esto dignifica a la persona y la proporciona conciencia de su dignidad.

Pero la misión en la vida dominicana debe estar motivada sobre todo por el celo apostólico, por la compasión, por el deseo de hacer algo por esta humanidad. Es preciso superar los criterios meramente económicos en la planificación y el discernimiento de los ministerios apostólicos. Como en la vida religiosa, las responsabilidades económicas suelen ser de carácter institucional –la institución nos respalda-, si falta el celo apostólico se puede prever que algunos miembros de la comunidad pasen prematuramente al paro voluntario y se desentiendan totalmente de la misión. En reuniones de Superiores Mayores a aparecido ya preocupación por el mal uso que algunos miembros de la vida religiosa hacen de la jubilación. Una cosa es la jubilación laboral; otra muy distinta el abandono de la misión evangelizadora. ¿No puede un jubilado orar, estudiar, celebrar, predicar, dar catequesis, acompañar a un grupo de estudio bíblico...?

En segundo lugar, la misión es nuestra fuente de fecundidad espiritual. Abandonarla significa abocarnos a la esterilidad. Dado que en la vida religiosa las responsabilidades originalmente son comunitarias o institucionales –la Congregación, la General, la Provincial, la Priora... se encarga-, esto ha dado lugar a un sistema que no favorece las responsabilidades personales. Si los individuos no son adultos, maduros y responsables, si no tienen mística personal, pueden entregarse al confort y la irresponsabilidad personal. Este sistema de vida nos rodea de seguridades y garantías por todos los costados.

Por eso, es preciso estar atentos y no caer en el riesgo de lo que se ha dado en llamar el “enclaustramiento celibatario” o la falta de implicación en la misión, para evitar complicaciones, problemas, esfuerzos, cansancios... y sobre todo el costo de sufrimiento que lleva consigo la compasión dominicana, la pasión por el mundo y la humanidad. Aquí es donde nos jugamos verdaderamente la auto-realización o la realización personal, que ha sido un ideal tan acariciado por la generación religiosa postconciliar. Algunos de estos riesgos se denuncian en varios de sus reportes.

En tercer lugar, es tesis central hoy en la teología de la vida religiosa que la misión básica de la vida religiosa es dar testimonio de vida evangélica o mediante una vida evangélica. Para esto son hábiles todos los religiosos y las religiosas: jóvenes y mayores, sanos y enfermos, hermanos/as en edad laboral y jubilados/as...

Es tesis central hoy en la teología de la vida religiosa que la misión básica de la vida religiosa es dar testimonio de vida evangélica. Para esto son hábiles todos los religiosos y religiosas: jóvenes y mayores, sanos y enfermos, hermanos en edad laboral y jubilados... En este sentido, el comportamiento

moral y evangélico de los individuos en una comunidad no es un asunto de libertad o de opción personal. No se puede decir alegremente: “Yo soy libre y puedo hacer lo que quiera”, aunque esto suena muy bien en nuestra democracia liberal dominicana. El testimonio de vida es una obligación nacida de nuestra profesión en la familia dominicana o simplemente por el hecho de vivir en una comunidad apostólica. Porque nadie tiene derecho a desacreditar el ministerio de los hermanos/as, el ministerio de la comunidad. Desde aquí se entiende bien aquello de San Pablo: “para no desacreditar el ministerio”.

Conviene recordar que uno de los motivos por el cual Santo Domingo consideró la comunidad un pilar de la vida dominicana fue precisamente porque el testimonio de una vida evangélica es la mejor y más eficaz predicación del Evangelio.

Decir que la misión esencial de la vida religiosa es dar testimonio de vida evangélica no significa que los miembros de las comunidades dominicanas deben ser moralmente perfectos. La vida evangélica es compatible con la debilidad o fragilidad humana. No es compatible con la incoherencia sistemáticamente sostenida y menos aún con el cinismo y el cultivo de las apariencias. Quizá el testimonio más hondo que la vida religiosa puede poner en el mundo es el testimonio de la fe, de la esperanza y del amor (traducido, por supuesto, en lucha por la justicia, por los derechos humanos, en solidaridad con los pobres y las víctimas). Pablo coloca a los pobres como criterio para discernir el verdadero Evangelio: “Sólo nos dijeron que no nos olvidáramos de los pobres” (Gal 2, 10).

En cuarto lugar, es preciso afirmar que la misión, aunque sea laboriosa y dolorosa, puede contribuir y debe contribuir a la calidad de vida de los dominicos y dominicas, a su satisfacción personal. La misión no es sólo una obligación o una carga pesada; es una oportunidad excelente de realizarnos personalmente y de ir dejando nuestra vida llena. Por eso, se puede aprender a disfrutar la misión.

Siendo yo estudiante escuché a un profesor dominico decir lo siguiente: “Yo sólo predico cuando me lo manda el prior”. Entonces me escandalizó un poco. Yo no podía comprender que eso lo dijera un miembro de la Orden de Predicadores. ¿Qué hubiera dicho de este religioso Humberto de Romanis que en tan alta estima tenía el ministerio de la predicación? Hoy me hubiera escandalizado mucho más. Después de muchos años en la Orden, la conclusión que yo saco es que la predicación, la misión, para aquel dominico era sencillamente una carga, un peso, una penitencia, una obligación impuesta.

Pues bien, yo creo que para que la misión forme parte de nuestra calidad de vida, para que nos proporcione satisfacción personal, a pesar del

cansancio, del posible rechazo, de la frustración que a veces lleva consigo, es necesario aprender a disfrutar la misión. No basta la satisfacción del deber cumplido; es justo y necesario aprender a disfrutar la misión.

Es preciso aprender a disfrutar la misión en las relaciones cortas, es decir en las relaciones personales. Ver a los niños crecer y madurar en un centro de enseñanza. Ver a los fieles crecer cristianamente y descubrir nuevos rostros de Dios y nuevas experiencias evangélicas en una comunidad parroquial. Ver que una persona encuentra sentido a la vida a través de nuestras palabras o de nuestra simple presencia. Ver a una pareja que recompone su relación gracias a nuestro acompañamiento... Esto es aprender a disfrutar la misión. Para ello quizá sea necesario reeducarnos en la afectividad y el celibato, y no hacer de éste una muralla defensiva frente a cualquier afecto humano, para liberarnos del sufrimiento. Eso es lo que antes hemos llamado el “enclaustramiento celibatario”.

Y es preciso aprender a disfrutar la misión en las relaciones largas, es decir, en aquellos trabajos realizados a fondo perdido, de los cuales ni siquiera sabemos quién se beneficiará, por los cuales nadie vendrá a darnos las gracias pero ahí están. Por ejemplo, la lucha por la justicia y la paz, por los derechos humanos de las mayorías o las minorías excluidas o discriminadas, por amnistía internacional, contra el armamento y la guerra, por la ecología... e incluso el ejercicio del gobierno en la vida religiosa o escribir un libro que probablemente nadie compre o nadie lea... etc.... Estos trabajos sólo pueden disfrutarse desde la pura experiencia de gratuidad.

En las respuestas al cuestionario y en los reportes hay abundantes materiales para que la Asamblea procese el asunto de la misión. Muchas hermanas ven como áreas de misión y ministerio: el testimonio de la vida, el encuentro y el diálogo interpersonal, las celebraciones litúrgicas y la lectio divina, la evangelización a través de las nuevas tecnologías, la presencia en ámbitos de pobreza y de exclusión, el ministerio de la predicación en sus diversas formas... Consideran retos fundamentales hoy: la presencia en medios pobres y excluidos, la emigración, la mujer, la familia, la educación, la búsqueda de sentido en la sociedad secularizada del bienestar, el diálogo intercultural y religioso... Y por supuesto los desafíos de la justicia y la paz, los derechos humanos, la ecología.

En la vida dominicana el testimonio de la vida es el primer anuncio del Evangelio. Por eso se llamaron “casas de predicación” incluso a los conventos de clausura. Pero el carisma dominicano nos obliga a colocar el ministerio de la predicación o de la evangelización en el centro de nuestra misión. Otras Órdenes y Congregaciones tendrán otros ministerios como prioritarios.

Nosotros/as tenemos como prioridad el ministerio de la evangelización o de la predicación en sus múltiples versiones: el diálogo interpersonal, la catequesis, la docencia, los escritos, los retiros, la lectio divina, la predicación litúrgica... (Afortunadamente están teniendo lugar dos fenómenos importantes en relación con el ministerio de la predicación: En primer lugar, la convicción de que la homilía no es la única forma de predicación. En segundo lugar, la convicción de que todos los bautizados son ministros de la Palabra).

Gracias a una misión realizada y disfrutada podremos decir al final de nuestros días: "No ha sido inútil, Señor, nuestra vida sobre la tierra".